

Cookies: Identificando al usuario

Que son

¿Nunca se ha parado a pensar cómo es posible que determinados sitios web “le conozcan” nada más entrar e incluso le saluden por su nombre? Entre a buscar un libro en su librería online favorita, sin ir más lejos. Si alguna vez compró algo o simplemente dio sus datos a esa librería y está usted accediendo desde el mismo ordenador que utiliza habitualmente, la página le dará directamente la bienvenida utilizando su nombre, posiblemente le ofrezca recomendaciones basadas en sus compras o búsquedas anteriores, e incluso recordará los artículos que usted colocó en su “carrito de la compra” en una sesión anterior. Otros sitios recuerdan su contraseña de acceso, de manera que directamente aparece en su página convenientemente personalizada. O, ya a modo de curiosidad... ¿ha probado a entrar varias veces seguidas en la página inicial de su portal favorito? ¿Es el mismo el anuncio que éste le ofrece, o aprovecha para deleitarle con varios anuncios diferentes? (esto puede funcionar o no, según el portal que sea y el uso que haga de este tipo de tecnologías)

Las responsables de esta presunta “sabiduría” de los sitios web son, precisamente, las llamadas *cookies*. Se trata de una tecnología diseñada para identificar al usuario en visitas repetidas a una misma página web, de manera que se pueda establecer un hilo conductor entre varias visitas – con las ventajas para el sitio web que esto supone. Las *cookies* son una solución técnica sencilla a un problema claro: en virtud de las tecnologías utilizadas en Internet, no existe preservación de información entre diferentes sesiones HTTP. Esto se debe a que, a diferencia de lo que ocurre en una comunicación en red tradicional, no existe un vínculo físico permanente entre los dos extremos de la comunicación. Dos sesiones en la web, aún cuando fueran de la misma persona y en la misma página web, pueden venir identificadas de diferentes maneras, en algunos casos con direcciones diferentes, etc. Este problema implicaría que toda comunicación entre los usuarios y el sitio web debería realizarse “a ciegas”, es decir, con total desconocimiento del contexto previo que rodea a ambas partes, algo poco deseable por los usuarios – por la incomodidad que supondría – y por los sitios web, que se verían privados de la posibilidad de saber quien es el visitante.

En que consisten

Netscape inventó las *cookies* para dar solución a este problema de una manera técnicamente sencilla y de bajo coste. Así, una *cookie* no es más que un pequeño archivo, de un formato determinado, que se almacena en el ordenador del usuario, en un directorio que dicho usuario ha destinado para tal fin. En realidad, pocos usuarios saben que esto existe, pero han autorizado tácitamente durante la instalación del navegador a que estos pequeños archivos sean grabados (normalmente en un subdirectorio de Windows, Archivos Temporales de Internet). Una *cookie* comienza con un comando HTML embebido en una página a la que accedemos, que ordena la creación de ese archivo en nuestro disco duro, con una característica importante: normalmente sólo podrá ser recuperado por el sitio que originalmente lo colocó. En efecto, el atributo *domain* especifica desde que dominio puede recuperarse esa *cookie*, y si no se especifica se tomará por defecto el de la página donde vino la orden. Existen otra serie de atributos,

algunos obligatorios y otros opcionales, que especifican totalmente la *cookie*, como su fecha de caducidad, su versión, etc. Lógicamente, y dado que la *cookie* es un archivo pequeño, únicamente contendrá información relevante a la hora de identificarnos, pero la contrapartida de esa información (lo verdaderamente interesante) estará guardado en una base de datos en el sitio web en cuestión. Cosas como las páginas en las que solemos entrar, la configuración que queremos, nuestra contraseña, nuestro carrito de la compra, los anuncios que hemos visto, etc. Esa información, en principio, no se transmite por la web, de manera que el sistema es en sí bastante seguro.

Ahora bien, no conviene neurotizarse: la *cookie* es capaz de identificarnos como un visitante determinado al que se puede asociar un número determinado, pero no sabe quienes somos. No sabe si nos llamamos Juan, Alicia o Antón, ni nuestro domicilio, ni nuestra tarjeta de crédito. Lo único que, en principio, averigua el sitio web de nosotros cuando nos pone una *cookie* es si estuvimos o no estuvimos previamente ahí, y que hicimos. Ahora bien, esto deja de ser cierto cuando somos nosotros los que voluntariamente facilitamos esa información. En el momento en que yo comunico a un sitio web que me llamo Enrique y me apellido Dans, ese sitio web puede asociar mi nombre a un número en una *cookie*, y cada vez que entro, saludarme por mi nombre. Pero todo ha partido de mi voluntad al facilitar la información. Las *cookies*, por tanto, no “roban” información, simplemente optimizan su uso. Mención aparte merecen las *cookies* utilizadas en sitios seguros, que suelen transmitirse exclusivamente a través de un canal seguro, y que suelen no expresar fecha de caducidad, con lo cual caducan automáticamente al cerrarse la sesión. Esto impide que si, por ejemplo, accedemos a nuestra cuenta corriente desde un ordenador de un amigo, éste pueda venir después y volver a acceder como si fuéramos nosotros mismos.

En versiones previas de los navegadores, la configuración por defecto establecía que si un sitio web deseaba poner una *cookie* en nuestro ordenador, el programa nos advertía de dichas intenciones y nos preguntaba si lo autorizábamos. En versiones posteriores se comprobó que eso era bastante intrusivo, que el común de los mortales no se enteraba de nada con el mensajito en cuestión, y que el uso de *cookies* se había hecho tan ubicuo que el mensaje estaría apareciendo con una frecuencia absolutamente insufrible, de manera que la configuración por defecto pasó a ser la de aceptar todas las *cookies*. La postura típica ante esto suele ser la de tolerancia, dado que aunque técnicamente se puede impedir, hacerlo supondría una molestia tal que no justificaría el esfuerzo. Además, la función de las *cookies* es, en la mayoría de los casos, ofrecer al usuario un mejor servicio. El equivalente físico sería entrar en el bar de la esquina enmascarado para evitar que el camarero nos reconociese y nos pusiese sin preguntar nuestro café con leche largo de café y nuestro croissant a la plancha de todos los días... lo cual no resulta ni muy operativo ni demasiado inteligente.

Para que se usan

Como comentábamos al principio, para temas variados pero que en general redundan en nuestro beneficio. Por ejemplo, recordar nuestras preferencias, nuestra contraseña (evitando que tengamos que introducirla en cada visita), nuestro carrito de la compra o los anuncios que previamente hemos visto y que por tanto no interesa que se nos repitan .

Ese caso en concreto tiene un funcionamiento un tanto especial, dado que implica una curiosa jugada a tres bandas entre nosotros, el sitio web que visitamos, y el servidor de publicidad, que es quien coloca la *cookie* en nuestro ordenador. En cualquier caso, como usuario, no se neurotice. Y como persona interesada en potenciales proyectos en la web, piense en las posibilidades que le otorga el identificar adecuadamente a sus usuarios.

Enrique Dans es profesor del Instituto de Empresa y Doctor (Ph. D.) en Sistemas de Información por la Universidad de California (UCLA)